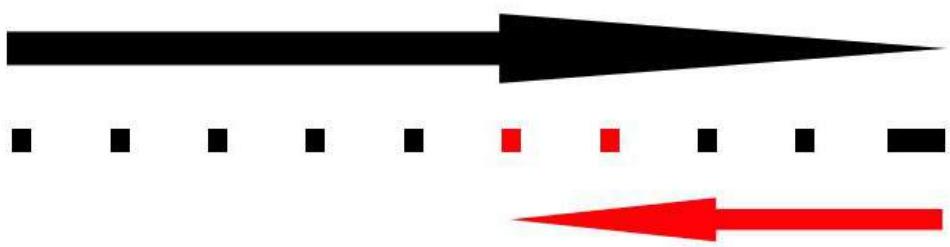


MANUEL ROJAS



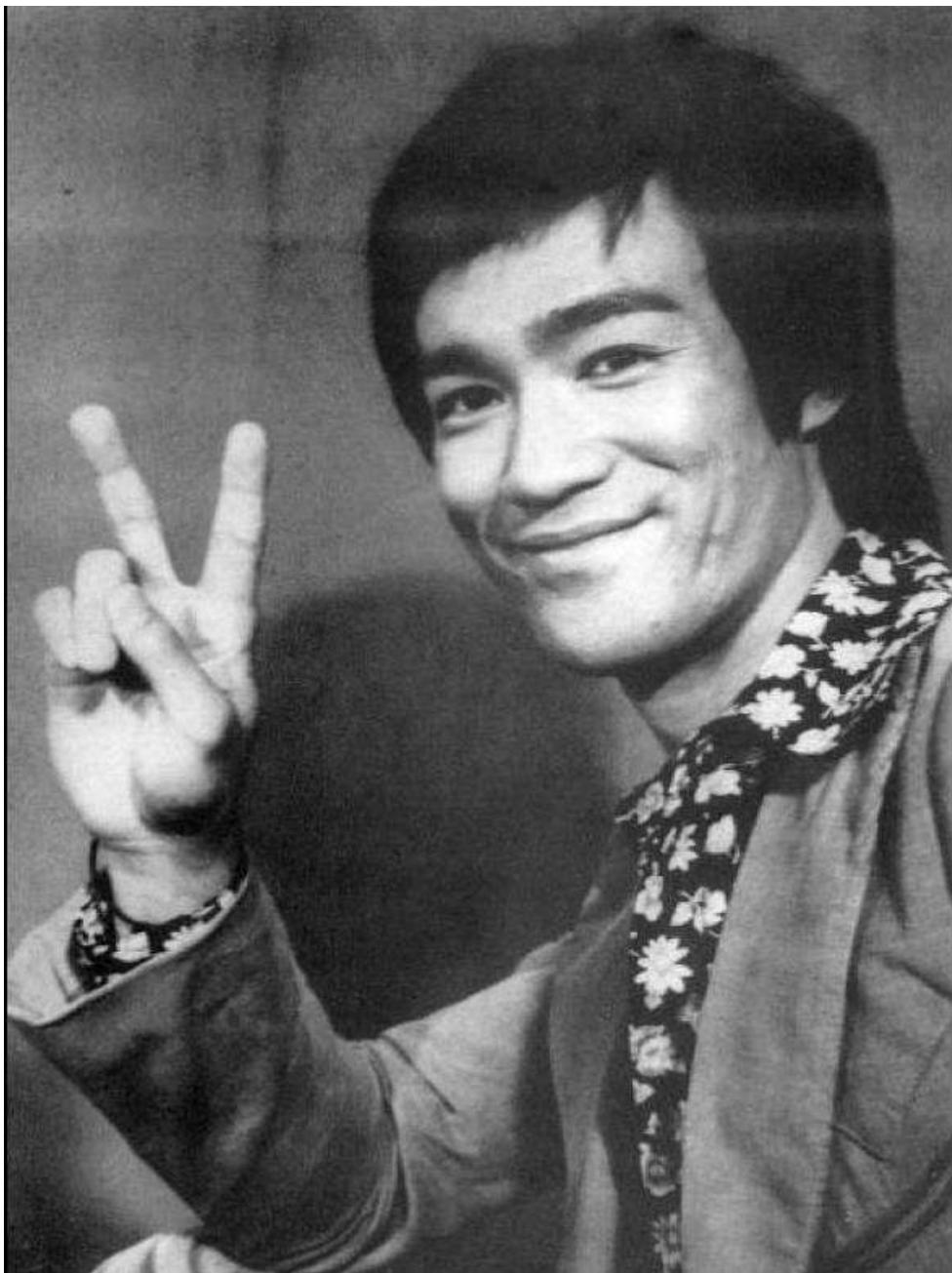
EL DESQUICIO

Sólo tres salidas. Ninguna es la correcta.



Registro 2021-A-4656

*Dedicado a mi amigo Mauricio HT;
ojála algún día me perdes:
yo no la apuntaba a ella.*



Libérate a ti mismo eliminando interíormente lo «pro» y lo «contra»: no existe tal cosa como hacer el bien o el mal cuando conoces la verdadera libertad.

Bruce Lee

CAPÍTULO

PRIMERO

Un Personaje Secundario

— Sírvase más vinito, ¿o está muy mareado ya? -le dice con una coqueta sonrisa cuando se pone de pie. Mueve entonces levemente su cabeza, indicándole el baño, y medio minuto después él camina hacia allá-.

“Pídame lo que quiera mi amor, yo se lo doy, cerveza, whisky, lo que quiera”, le susurra al oído mientras abre unas

bolsitas transparentes que luego pone sobre el estanque del wc. Le alarga un billete de cinco mil pesos enrollado, él lo toma, agarra una de las bolsitas, se mete un extremo del billete en la nariz y hunde la otra punta en el polvito que tiene la bolsita, aspirando con deleite.

La gorda y avejentada señora Marta aprovecha de tocarlo entero: mete las manos dentro de su pantalón, lo besa en los labios y en el cuello y le chupa la cara y él siente en la boca de ella el amargo sabor de la cocaína y el hedor

de incontables cigarros revueltos con cerveza, mientras ella le pasa desesperadamente la lengua por el rostro...

La señora Marta y su bigotillo negro, sus fétidas axilas transpiradas y la flacidez en sus brazos, el tacto de sus caídos pechos, su hinchado vientre y caderas poco femeninas y su inexistente culo, sus piernas con várices y abundante bello y aquellas mal cortadas uñas rasguñándole la espalda buscando excitarlo... todo

aquello lo asquea, pero sonríe al verse a sí mismo aspirando una y otra vez, metiéndose en el organismo enormes cantidades del polvo blanco del clorhidrato de cocaína y del polvo color mostaza de la pasta base de cocaína.

¡Ufff!, la pastita...

Eso de la Pasta Base es un tema que debo explicarte antes de continuar. Si quieres puedes tomar apuntes.

Preguntas al final, por favor:

La pasta base, llamada en Chile “monos” o “pasturri”, o “churri” o “yola”, es lo que resta de la alquimia para convertir la sagrada hoja de coca en el famosísimo clorhidrato de cocaína; en otras palabras, la pasta es lo que sobra de aquel proceso.

El efecto de la churri es similar al de la cocaína, pero más intenso y de menor duración; la deliciosa recompensa es producida por los vapores tóxicos de su combustión, y dura hasta aproximadamente treinta segundos desde que la aspiras.

También la puedes inhalar por la nariz, como él lo está haciendo ahora desde la caída pechuga izquierda de la señora Marta, pero te pegará muchísimo menos.

Con cada fumada de pasta el cuerpo se tensa y es esa tensión la que produce el enorme placer. Increíblemente adictiva, la pasturri se tolera con tal rapidez que las dosis deberán ser muy pronto mayores y más periódicas para lograr la sensación deseada.

Su consumo frecuente termina agarrotando los músculos de todo el cuerpo: un brazo, por ejemplo, que involuntariamente se mantiene estirado y rígido en diagonal al torso, o

constantes movimientos de la cabeza intentando relajar el cuello.

“El Tieso”, le decían a un amigo de él adicto a la pasta base, que murió de Lesión por Inhalación Fulminante: una noche se fumó CIEN GRAMOS DE PASTA BASE y se derritió los pulmones, los dos juntitos, el solito, y en sólo una noche.

Este vicio se relaciona con la disminución de los niveles del calcio corporal, quizá lo destruya o impida su

fijación a nivel celular, y como el calcio interviene en la transmisión de los impulsos eléctricos que nos dan vida, los adictos -llamados también “pasteros” o “angustiados”, o “angurris” o “angurrientos”- sufren “cortes de circuito” manifestados en las manías antes mencionadas, las que también se presentan en el rostro: una ceja que se levanta sin que lo quieras, un párpado que te tiritá, bruxismo extremo o muecas de labios y boca, etcétera.

“Mil Caras” llamaban a otro amigo suyo, también adicto y que terminó parapléjico.

Además, los monos -la pasta base- quitan el hambre.

La pasta base -un octavo de gramo, o menos incluso- viene en pequeños envoltorios de papel de cuaderno, y se les conoce como “papelinas”, “yolas”, “monos” o “gorilas” cuando las papelinas están generosas; su bajo precio, quinientos o mil pesos cada

mono, la hace tan popular en los ghettos que puedes encontrar hasta cinco o diez traficantes en una misma cuadra de cualquier población marginal.

Y él vive en uno de esos ghettos, en una pobla, allá en el lejano Santiago de Chile.

Ya. El asunto es que el sabor de la coca y de la pasta y de los cigarros en su lengua y paladar hasta su garganta, y el olor y el tacto de la señora Marta, se mezclan con el hecho de arriesgarse de esa manera metido en la casa de un traficante con delincuentes armados y completamente borrachos y drogados donde una mínima impertinencia, un sutil comentario mal entendido o tan sólo una mirada que no agrade, puede significar su muerte; hasta permanecer en silencio es peligroso:

— ¡Y vóh! ¡Por qué estai tan callao!
¡¿Te comieron la lengua en el
calabozo?!

Y el vivaracho éste encerrándose cada veinte minutos con la señora Marta en el baño sin importarle que la pareja de ella, “el Tío”, uno de los traficantes de cocaína y pasta base de la pobla, esté del otro lado de la puerta aspirando coca y riendo y tomando con los otros invitados...

Al Tío le darán ganas de orinar, se pondrá de pie, caminará hacia el baño riendo su borrachera y tomará la manilla e intentará abrir la puerta pero la puerta está con pestillo así que vuelve a sentarse a seguir tomando pero atento al baño porque ya está que se mea y al poco rato deja el vaso con el combinado en la mesa y se pone de pie y camina hacia baño y se queda junto a la puerta y después de treinta segundos golpeará otra vez para que salga quien está ocupando el wc pero nadie contesta y el Tío dirá entre

enojado y en broma que está que se mea y se reirá y no le contestarán de vuelta y volverá a golpear pero nadie contesta y el Tío vuelve a golpear la puerta y dice ¡Oe abran! y toma la manilla y la intenta abrir pero la manilla está con el seguro así que el Tío empuja la puerta con su metro noventa de estatura y 130 kilos de peso y la puerta casi se sale del marco y la señora Marta escapará corriendo del baño y entonces el Tío lo verá y sacará su 45 y lo apuntará directo a su rostro:

—¡Sácate los pantalones, mierda! -le ordena-.

“¡Ahora mira a la muralla, conchetumadre, y pone las manos en la muralla! ¡Ahora mírame, maricón reculiao!”, le grita y la víctima mira al Tío y ve al Tío lanzándole un beso y acercando el cañón de la pistola a medio metro de su rostro durante eternos dos segundos; el cañón de la pistola se desenfoca en su vista y sus ojos enfocan en segundo plano al Tío sonriendo enajenado y esa imagen lo

aterroriza, y ahora bajas la mirada y atónito ves al Tío abriéndose el cierre del pantalón, su gran pico de traficante se asoma “¡date vuelta hacia la muralla, bastardo reculiao!” te dirá y tú te girarás hacia la pared blanca del baño y apoyas tus manos en la muralla y ahora sientes la mano del Tío tocando tu espalda “¡Sácate la polera, culiao!” te dirá y tú temblando te la quitarás, “¡pone las manos en la muralla!”, te gritará otra vez y tú las apoyarás en la muralla y sentirás nuevamente la mano del Tío tocando tu espalda mientras el

frío acero del cañón de la pistola se hunde en tu cadera izquierda, y tu culo se aprieta al sentir su verga y un sordo dolor te ciega cuando el Tío te pega con la cacha de la pistola en la nuca y sientes como una explosión en tu cerebro y ves un destello blanco por dentro de tus ojos y caes de rodillas al piso y el Tío te pega otra y otra y otra vez con la culata y sientes la sangre cayendo por detrás de tu oreja derecha y por tu cuello mientras pierdes la conciencia y de pronto te das cuenta que el Tío te está violando y te sigue

pegando con la pistola y te desmayas y abres los ojos y ves al Tío gritándote ¡COCHINO CULIÁO TE CAGASTE EN MI PICO! Y ves la zapatilla del Tío directo hacia tu rostro y tu cuello cruce y lo último que sientes es el 45 del Tío metiéndose en tu destrozado trasero, escuchas que el Tío pasa la bala y jala del gatillo y

— ¡¡¡OJÁLA QUE NO QUIERA VENIR A MEAR!!!

Grita de pronto y sacude su cabeza para espantar aquellos terribles pensamientos, y mira hacia abajo en el momento exacto en el cual el rostro de la señora Marta le sonríe de rodillas: aquella imagen se mezcla con la sensación de una boca succionando y lengüeteando sus testículos, y ahora su glande, mucho rato...

Además de la verga enorme del Tío y su 45, existe también el peligro de que los pacos se dejen caer en cualquier momento: sirenas lejanas que nadie

excepto él escucha y que suenan cada vez más cerca y todos se ponen de pie de un salto y comienzan apurados a esconder la drog¡PLAFF! La puerta cae ¡POLICÍA! ¡POLICÍA! ¡Al suelo! ¡GUAU! ¡GUAU! ¡POLICÍA! ¡Al suelo! ¡GUAU! ¡GUAU! ¡GUAU! ¡POLICÍA! ¡Tírate al suelo conchetumadre! ¡POLICÍA! El mundo gira a enorme velocidad ¡POLICÍA! ¡POLICÍA! Pacos y más pacos encapuchados por todos lados entrando por la ventana y saliendo desde la cocina tu cuerpo llevado de allá para acá por los golpes y empujones de

los pacos pacos por todos lados cuántos pacos malditos pacos ¡GUAU! ¡GUAU! ¡GUAU! los perros desgarrando tus piernas culatazos patadas todo rueda vertiginosamente cocaína cigarrillos pasta base insultos alcohol terror culatazos ¡GUAU! ¡GUAU! ¡POLICÍA! ¡POLICÍA! ¡GUAU! sientes la sangre en la cara y los bototos que te inmovilizan en el suelo pisando tu cabeza mientras te siguen golpeando y los mordiscos de los perros rasgan tus brazos y de tus brazos sangrantes, los pacos te levantan bruscamente.

Las esposas, la radiopatrulla, la comisaría, los golpes de los policías humillándote a cada segundo, los calabozos, los delincuentes queriendo violarte, la sentencia del juez, la cárcel, diez años preso...

Fíjate: a pesar de lo probable que son las situaciones anteriores, a pesar de que realmente le pueden ocurrir en cualquier momento esos desmadres, ¡al tipo le importa una shet, hermana! Sigue tomando y fumando cigarrillos y ofreciéndose a llenar los vasos vacíos.

“¿Quiere más cervecita, compadre? También hay ron”, dice al regresar disimuladamente del baño.

— ¿Vóh lo compraste? -le preguntó alguien mientras servía ron en el vaso de algunos invitados-.

— No me acuerdo cuántos copetes traje, no pienso en esas weás, yo pongo plata pa’que compartamos y no pá andarme alumbrando como los giles -respondió muy serio-.

— ¿Vóh hai estao en la cárcel? -le preguntó otra vez-.

— Hice ocho años por matar a un paco, pero no quiero hablar de esa volá.

— ¡¿Mataste a un policía?!

— ¡Ya te dije que no quiero hablar de esa weá! ¡Y no me sigai llevando de apuros porque me pongo entero loco, chuchetumare!

— ¡Ya, ya, tranquilo! ¡Está bien, hermano! Acá somos todos choros, si mataste a un paco entonces vóh también soi choro. ¿Querí un cigarro?

La verdad es que él nunca había estado preso aunque un par de veces tuvo que dormir en alguna comisaría por andar borracho en la calle; tampoco había comprado ni siquiera un miserable cigarro suelto para compartir ahí y la historia del policía asesinado era una mentira que se le ocurrió en el momento, y que dijo para ocultar el terror que le produjo aquel hombre que le habló, homicida seguramente, y a quien una horrible cicatriz le cruzaba completa la mejilla izquierda.

Él mentía porque debía mostrarse valiente y osado, ya que si lo notaban siquiera un poco intimidado habrían descubierto que era cobarde, y hasta ahí habría llegado su fiesta: los delincuentes, sean éstos asaltantes de bancos, estafadores o simples “lanzas” -aquellos que se ponen cerca de mujeres con aros, collares o teléfonos caros, se los arrebatan de un tirón y salen corriendo-, o los “carteristas” -esos que te sacan la billetera del pantalón o de la chaqueta mientras la

tienes puesta-, todo el lumpen
desprecia a quienes tienen miedo pues
ser temeroso es ser cobarde, y los
cobardes son tus enemigos ya que los
cobardes te delatan o te acuchillan por
la espalda.

Aquello de la tomatera en la casa del Tío está ocurriendo un par de años antes de que él deba elegir entre la vida, la libertad o la pasta base.

¿Escogerá bien?

Hoy, sentado en el único banco de la plaza que los delincuentes no han quemado, le da una fumada a su cigarrillo.

— Cómo va, compadre Chain -me dice desganado, levantando sus cejas para acompañar el saludo-.

Viste un polerón que alguna vez fue blanco, mayor que su talla, y jeans azules. Ambas prendas muy cochinas y viejas, igual que las zapatillas rojas que calza. Su negro cabello corto y opaco

hace juego con su rostro moreno y de
reseca piel, de mejillas hundidas y
pómulos resaltados.

Una pequeña y sucia barba de cuatro o
cinco días, y ojos de iris cafés y
escleróticas amarillentas, completan su
roñosa faz.

El resto de su cara, su nariz, sus cejas,
sus pestañas, su barbilla y su frente,
tampoco tienen nada de extraordinario.

Lo que sí llama la atención en su ajado y flaco rostro es la boca, la cual en verdad no resalta por su tamaño ni por sus labios, tan disímiles en cada persona, gruesos o delgados, grandes o pequeños, sugestivos o indiferentes, rojos, no tan rojos o más bien pálidos y carnosos o finos y que a veces están morados e incluso negros de vino tinto y en ocasiones con heridas de quemaduras por haber tenido algo muy caliente cerca, la cola de un cigarro tal vez, o la de un pitillo de tabaco, o la de

un pitillo de marihuana, o la de un pitillo de marihuana mezclada con pasta base -“un marciano”-, o la de un pitillo de tabaco revuelto con pasta base -“un tabacazo”-, o una pipa confeccionada con un pequeño trozo de cañería de metal con forma de ele y un pedazo de aluminio sacado de una lata de bebida o de cerveza: agujereado y puesto en uno de los extremos del tubo, el trozo de aluminio sirve de receptáculo para un poco de ceniza de cigarrillo y sobre ella va el polvito mágico de la pasturri: le acercas la llama del encendedor -no

sirven los fósforos- y eso constituye un “pipazo”; o los “antenazos”, que es la pasta fumada en un trocito de antena con un alambre delgadito enrollado como bolita y puesta en un extremo del tubito. Ahí no se necesita ceniza, se pone la pasta directamente en la punta de la antena que tiene la bolita de alambre y le acercas la llama del encendedor, y entonces el extremo de esas cosas que te pones en la boca para fumar pasta base te quema los labios...

Bien: te decía que tampoco atrae el tamaño de su boca, si es grande o pequeña, ubicada más cerca de la barbilla o más lejos, productora extrema de saliva, escupidera impulsiva de saliva o tragadora de la misma. No. Nada de eso: lo que realmente llama la atención de su boca, de las bocas de los angurris, es otra cosa: toda su dentadura es opaca y sus dientes incisivos muestran picaduras y caries cafés y negras y le faltan pedazos; ambas mandíbulas presentan esas

putrefactas asquerosidades justo en medio de ellas.

Si miras con cuidado e imaginas juntar sus dentaduras inferior y superior, verás con tu imaginación un redondo y negro y repugnante agujero (la diferencia con los dientes de los adictos crónicos a la cocaína es que los dientes de los jaleros se van empequeñeciendo muy de prisa, seguramente también por problemas con el calcio).

La forma de las llamadas “herramientas” -las pipas hechas con trozos de cañería- y los pitillos con pasta, hacen que el humo de la droga salga de manera cilíndrica, y es eso lo que ha ido esculpiendo su horripilante y asqueroso desparpajo dental.

Además, sus encías se ven moradas, muy oscuras e hinchadas.

Su aliento debe oler a mierda.

Ardiendo entre sus amarillentos dedos,
el cigarro llama su atención.

Bota el humo y da otra fumada...
parece un tanto abatido.

Y no es extraño aquello.

Hasta hace un par de años, este tipo
era gordo, al igual que toda su familia: a
su hermana, por ejemplo, le apodaron
“la Ocho”, pues acostumbra usar
cinturones extremadamente apretados;

a su hermano mayor le decían “Pepe Pepa” -se llama José y es igualito al dibujo animado-.

Y a él, le llamaban “Manteca”.

La Ocho continúa luciendo su curvilíneo cuerpo por las calles de la pobla; a su hermano le siguen gritando “¡Cómo va, Pepa!”... pero a él, ya no le dicen Manteca: ha enflaquecido mucho: tantos pipazos, marcianos y tabacazos fueron disminuyendo su apetito primero, su hambre después y ahora está full flaco:

drogado y ebrio, pero siempre más drogado que borracho, nunca tiene ganas de comer.

Tiempo atrás, él trabajaba regularmente y los fines de semana se gastaba sólo una pequeña parte de su sueldo en pasta base; después se gastaba la mitad y ahora -o hace rato ya, mejor dicho- guarda únicamente lo necesario para no morirse de hambre, aunque siempre comiendo a la fuerza, sin ganas ni apetito (los angurris tosen y

hacen arcadas y vomitan SÓLO DE PENSAR en la pasta base).

¿Es que su cuerpo le exige alimento a través del hambre sólo para seguir disfrutando de la droga, y se lo exige ignorando a su mente, la cual no desea enviar la orden de apetito a su cuerpo para que éste se nutra para poder seguirse drogando?

¿La mente y el cuerpo, entonces, no serían lo mismo?

Y si no son lo mismo, ¿cómo mi mente, que soy yo, y mi cuerpo, que también soy yo, pueden tomar decisiones contrapuestas, si en el fondo mi cuerpo y mi mente son lo que yo soy, y yo y mi cuerpo y mi mente no podemos sobrevivir separados ni enemistados?

Y si el capítulo termina con que el tipo muere de sobredosis, ¿quién tendría la culpa?, ¿él, su mente o su cuerpo?

Cuando empezó a meterse en la pasta base, se dedicaba junto a su hermano y a su padre a instalar motores y ductos y aislaciones de gaseoductos en construcciones grandes, pequeñas o medianas o en pequeñas, medianas o grandes industrias a lo largo de todo Chile.

En la semana trabajaba y fumaba cigarros de día y de noche, en Santiago o en algún extremo del país, angustiado y al mismo tiempo sintiéndose culpable porque la sensación que fue divertida al

principio ya ha comenzado a mutar en un terrible síndrome de abstinencia de Pasta Base, y es dicho síndrome la razón de su angustia y de que olvide su necesidad de comer, y a causa del vicio pasa el día entero distraído de la tuerca que debe apretar o de la medida de la cañería angular pues sólo piensa en dónde comprar pasta, en dónde encontrar a alguien que quiera volarse con él y que tenga droga o que al menos, sepa en dónde conseguirla.

(La pasta base produce diarrea cuando se es adicto y se piensa en fumarla)

Entre dolores de estómago y constantes idas al baño durante su jornada laboral fuera de Santiago, él anhela el día en el cual saciará su tremenda sed existencial: llegará a la capital, al terminal, se bajará ansioso del vehículo y se acercará a un costado del bus a esperar su equipaje; se lo entregarán y saldrá de allí caminando más rápido de lo habitual, expulsando involuntarios peos.

Tomará el metro y se bajará en la estación cercana a su hogar. Apurando el paso abordará una micro y pronto estará mirando por la ventana viendo a ratos su reflejo y a ratos el urbano paisaje exterior pensando sólo en llegar pronto a su casa; eternos veinte minutos después descenderá del vehículo y caminando ahora muy rápido hacia su hogar le darán ganas de cagar y se le saldrán más peos y los deseos de sentarse en el water serán insoportables pero se aguantará y apretando el culo entrará a su casa y

saludará a su madre a la pasada y se meterá al baño y cagará a la velocidad de la luz y sin limpiarse el culo ni menos lavarse las manos jalará la cadena y saldrá directo a la escalera y subirá a su pieza intentando disimular su desesperación y sacará de su billetera un cuarto o la mitad de su sueldo y luego ocultará la billetera debajo de la almohada y se agachará y meterá la mano bajo el colchón buscando su “herramienta” -el codo de cobre- y la encontrará y se la pondrá en el bolsillo junto con el dinero y bajará la

escalera de a dos o tres peldaños, “¡venga a cenar, hijito!”, le dice su madre alegre por su regreso, “¡sí, sí... en seguida, mamita! ¡Voy a pagar una plata y vuelvo!”, saldrá de su casa y caminará casi corriendo desesperado las cuadras que le separan de El Tío y de la señora Marta (por estos días, la señora Marta se anda comiendo a una pastera de doce años de edad: la niñita iba en quinto básico y se salió del colegio y ahora pasa todo el día metida en la casa del Tío viendo tele y fumando pasturri y cigarros, y jalando y

armando las papelinas de pasta y las bolsitas de coca, y en la casa de la señora Marta la niñita desayuna y almuerza y toma la once y cena y la Señora Marta la encierra en el baño y se come a la pendeja pero el Tío ya le ha pasado plata a la cabra chica para que se lo chupe. La mamá de esta niñita está absolutamente metida en la pasta y ya vendió casi todo lo de la casa y había querido prostituir a su hija y por eso ahora la niña pasa metida donde el Tío porque ahí puede comer y fumar cigarros y pasta y también jalar y

además el Tío le paga por sexo; en la casa de ella tampoco había ya nada para comer y si se hubiera quedado ahí la mamá la habría prostituido pero la pendeja no habría recibido ni plata ni comida ni pasta ni cigarros, así que prefiere que se la coman la señora Marta y el Tío. Al papá de la chiquilla lo mataron en la cana hace cuatro años) y angustiado y sudando, él escogerá un billete de cinco mil, no, mejor uno de diez, no, mejor le digo al Tío que me dé veintidós monitos por \$20 lukas...

Apretando fuertemente El Billete en su mano derecha, llegará por fin a la casa del Tío y entrará con el rostro compungido y casi a punto de llorar. El Tío lo verá y le preguntará:

— ¿Cuántas querí?

Tremendamente ansioso, le responderá:

—¿De, deme, deme veintidós por veinte mil, Tío?

—¡Shh! ¡¿Voh creí que me las regalan?!... Ya, toma; uno de yapa.

— Ya, gra, gracias -dirá con un hilo de voz-.

Con el estómago apretado, su párpado derecho tiritando, la boca y garganta secas y su corazón latiendo muy rápido, saldrá de allí apretando las papelinas en su mano transpirada y temblorosa.

Comenzará a correr desesperado por las calles de la pobla hacia algún sitio eriazo en el cual fumar y pasará junto a una vecina con su pequeña hija de la

mano, volviendo una del colegio y la otra del trabajo en aquel atardecer de marzo; la niñita lo observará mientras él deja de correr pero camina ahora muy rápido y prende un cigarro y hace ceniza para el pipazo y sigue caminando apurado y fumando apurado pero no podrá esperar hasta llegar al sitio eriazo y aquí mismo, junto a la pared de una esquina cualquiera -la niña volteó su cabeza y lo ve a la distancia-, aquí mismo en esta esquina y apoyado en la pared con el cigarrillo en la boca, sacará con la mano derecha

su pipa y unos cuantos monos; con su mano izquierda tomará el cigarro y con un par de golpecitos pondrá en su herramienta la ceniza hecha, abrirá tembloroso uno, dos, tres pequeños envoltorios, los sostendrá con cuidado y uno a uno los irá abriendo y derramando sobre la ceniza... aquel mágico polvo, su deliciosa y querida droga, su anhelada y deseada pasta base... le acercará la enorme llama de un encendedor desechable comprado especialmente para este momento, aspirará el humo y...

... y por fin será feliz...

... feliz... realmente feliz...

... más feliz que cuando vio nacer a su
hija...

... feliz...

— ¡Pffffffffff! -botará el humo-...

Las churris están buenas y le pegaron bien (durante aquel par de segundos con el humo dentro de sus pulmones, comprende la hermosa aventura de la

vida en este mundo, y en esos instantes conoce LA VERDAD, pero sólo mientras el humo de la droga está en su interior: al exhalarlo, se va también la iluminación)...

Aunque el viaje sea corto está magnífico pues le lleva al místico estado de absoluta contemplación en el cual se queda con la mirada perdida en el todo, y con la boca abierta viendo sin ver a una madre tomando de la mano a una niñita quien, a la distancia, muy muy lejos, le continúa observando

mientras camina junto a su mamá hacia su destino.

Encenderá la pipa otra vez...

... síííí...

... feliz...

... infinitamente más dichoso que cuando su mamá se sanó de cáncer...

... feliz...

— ¡Pffffffffff!...

En poco menos de cinco minutos se
habrá fumado tres monos.

Decide fumarse cuatro más, no, mejor
cinco...

— ¡Pffffffffff!...

... Será feliz...

... feliz...

— ¡Pffffffffff!... -Sííí, feliz-...

...tan feliz como sólo la droga hace felices a quienes desean ser felices de esa manera, y fumará y fumará, extasiado, aliviado de su necesidad de aquel veneno...

¡Tanto va a disfrutar de aquellos primeros pipazos!

De los primeros de muchos, porque seguirá drogándose sin parar esa tarde y esa noche y el día siguiente, todo el día...

Pero para eso, para drogarse y ser feliz, le falta todavía un mes, un larguísimo mes ya que ésta es recién la primera jornada de trabajo en una alejada industria del extremo sur de Chile, a cinco horas de la Antártida cruzando el mar en avioneta.

Rodeado únicamente por ovejas y viento gélido -y una cercana tormenta- no tiene dónde comprar, dónde encontrar a alguien que quiera fumar y que también tenga pasturri o que por último, sepa en dónde conseguirla.

Lo único que lo hace soportar el poderoso y terrible síndrome de abstinencia es imaginar el placer que dentro de treinta días, soñará despierto y dormido, sentirá.

Cuando le tocaba trabajar en Santiago y ya estaba metido en el vicio, comenzó a *pegarse la falla* los lunes: se amanecía el domingo endureciéndose o esperando que alguien lo invitara a drogarse, fumando cigarros americanos y bebiendo unas pequeñas botellas de barato y vomitable coñac, menta o ron, licores asquerosos que aumentan su repugnancia mientras más bajo es su precio, siendo incluso alcohol etílico puro con colorante y una etiqueta.

Bebiendo esos licores de a sorbos en alguna oscura esquina, hace durar las botellitas horas y horas y se pega los pipazos y mira silencioso de un lado a otro, rodeado por hombres jóvenes o mujeres adultas, o mujeres embarazadas u otras que arrastran un coche con la hija dentro, hambrienta y sucia; a veces algún minusválido en silla de ruedas o un ciego están ahí endureciéndose con él; también le acompañan niños famélicos y niñas raquíáticas de 8 ó 13 años que no

dudarán en venderse por tres monos, o por dos... incluso por uno:

— Si querí te la chupo por quiñientos... oye ven poh, yo la chupo rico... ¡Oye ven poh, papito!... ¡¡Regálame un cigarrito aunque sea!!

También verás en esas esquinas a dueñas de casa, y abuelas, abuelitas y abuelitos angurris, calladas todas y todos fumando cigarro tras cigarro, “gárgolas” les dicen, con ropas cochinas y que siempre les quedan grandes, rostros enflaquecidos y de piel reseca y con los ojos saltones y los pómulos asomados y sus cuerpos desnutridos, mendigando, macheteando para un mono, “hijito, deme una moneda, por favor”, “hermanito, me faltan doscientos pa’ un vicio”, te dirán al pasar de noche cerca

de ellos, y de día les verás lavando el auto de algún vecino o barriendo la vereda de algún pequeño almacén, jugándose luego las pocas monedas pagadas por la barrida o el lavado del auto en las tragamonedas que hay por millares en los almacenes de los barrios marginales: mientras compras el pan y unas verduras para el almuerzo estarán allí temblando de angustia tratando de multiplicar en las tragamonedas los quinientos o los dos mil pesos recaudados en su macheteo, en el lavado del auto o en la barrida de la

vereda y por la noche, todas las noches, les verás parados y paradas en esas oscuras esquinas...

Gárgolas, les dicen...

La noche avanza y cuando ya no queda plata ni a quién acompañar a comprar pasta base u ofrecerse a ir a comprarla él, “te voy a comprar las cinco pero me dai una”, camina a su casa pensando no en que dentro de dos o tres horas tendrá que ir a trabajar, sino que imagina a quién machetearle una moneda esta madrugada de lunes a las

03:29 de la mañana, socio, hermanito, apáñame con trescientos pesos...

Piensa también en dónde, de lograr reunir el dinero, comprará sus churris: “la tía Pancha vende hasta las ocho, demás podría ir pa’ allá, las da bien grandes”...

Tal como se había acostumbrado a fumar, se acostumbró también a faltar al trabajo ya no sólo los lunes sino que cualquier día, y más de una vez a la semana. Cuando se volaba hasta el

amanecer, cuidaba llegar a su casa mucho rato después que su padre y su hermano se hubiesen ido a laburar.

Pero hace tiempo que no trabaja con su padre ni con su hermano, y ya ni siquiera vive con su familia. Después de conversar primero, discutir luego y finalmente pelear a insultos, gritos e incluso golpes una y mil veces por culpa de su adicción, su madre, su padre, su hermano y su hermana decidieron no tomarlo más en cuenta ni dirigirle la palabra ni dejarle comida ni

nada, y convivir con él ignorándolo en paz; pero sus borracheras los días de semana a las once de la mañana al haberse amanecido fumando pasta base tomando licores repugnantes y haberse metido pastillas de quizá qué weá, le llevaban a hacer tremendos escándalos, a las vecinas principalmente, ofendiéndolas y gritándoles afuera de sus casas que eran las culpables de que su familia dijera que él era un pastero, y amenazaba con pegarles para que aprendieran a no andar hablando mal

de él... a las once de la mañana, un día cualquiera.

Insulta a todo el mundo agitando violentamente la puerta de la reja de una casa, ¡¡¡AAAAAAAHHH!!!, grita enajenado y su grito se mezcla con los ruidos de los fierros crujiendo y chirriando

— ¡¡¡VIEJAS CONCHESUMADRES!!!
¡¡¡VIEJAS MALDITAS RECULIÁS!!!
¡¡¡PREOCÚPENSE DE SUS CULOS Y
NO DE MÍ!!! ¡¡¡GGGRRRRHHHHH!!!

“¡Rodrigo! ¡Rodrigo, termina el escándalo!”, suplica a gritos su madre minutos antes del mediodía, llorando de rabia y vergüenza, “¡hazle caso a tu mamá, por favor!”, ruega alguien presente y Rodrigo con el torso desnudo y el inmundo pantalón a medio trasero, ve llegar a la policía; las vecinas salen de sus casas y el drogadicto intenta escapar torpemente y se cae y lo capturan pero él gruñe y forcejea

— ¡¡¡GGGRRRRHHHH!!!

Su madre llora de rabia y vergüenza...

— ¡Viste lo que conseguiste! ¡Eso queríai, irte preso!

Lo tiran dentro del furgón policial, cierran violentamente la puerta y se enciende la baliza y toda la gente se queda en la calle comentando el show, mientras se aleja estridente la sirena de la policía. Los chismes durarán semanas, y su mamá tendrá que bancárselos a diario.

Lógicamente, su familia no pudo seguir ignorando semejantes escenas los miércoles o los jueves o los lunes a las diez de la mañana o a las tres de la tarde -además que hace rato habían empezado a desaparecer cosas de su hogar, como algunas modestas joyas de su hermana o zapatillas de su hermano, o la afeitadora eléctrica de su padre- así que al final, su familia terminó echándolo de la casa.

Ahora parece que vive donde un parente, una tía o un primo, nunca lo he sabido bien.

Trabaja en lo que sea un par de semanas y da un poco de su salario para pagar el gas, la luz y el agua y se droga y emborracha con todo el resto de la plata. Luego, se pega la falla y lo despiden y busca otro empleo de sueldo miserable, y vuelta a lo mismo.

Esa es su actual vida.

No pudo o no quiso, y quizá ahora tampoco quiere ni puede añorar otro tipo de existencia.

Fíjate de lo siguiente: el tipo ha estado en el interior y en los extremos de casi todo el país pero si no se encerraba en un bar a emborracharse o andaba por los rincones fumando pasta base, se enclaustraba en la habitación del hostal o de la residencial y veía televisión todo su tiempo libre. Y cuando salía a embriagarse o a endurecerse no conocía nada más que el camino hacia

la botillería o hacia el traficante del lugar; además, las únicas personas con las cuales interactuaba en esas salidas eran aquellas que le llevaban a la botillería o en dirección a la casa del Tío local.

Ya, ok. No importa que no haya disfrutado de sus anteriores viajes -“además que eran por trabajo y no por vacaciones”, se dijo muchas veces-, pero ahora podría, si quisiera, vivir la experiencia de realmente conocer otros lugares y otras gentes, otras costumbres, escuchar hablar en otros idiomas y ver casas de hace cien o quinientos o mil años, cerros, mares, ríos, animales exóticos, o perros en París, ¿ladrarán igual como ladran aquí? Si vas con una perrita a París, que haya vivido digamos cinco años en

Santiago de Chile y que no está esterilizada, y la acercas a un perro francés, el perrito, ¿la olerá igual como huelen a las perritas acá en Chile?

Observar el agua de una tropical lluvia bañando tu piel, refrescándote del sofocante calor que te hace transpirar mientras recorres las ruinas de ciudades perdidas en medio de las selvas... el Sol y la playa, las palmeras y las aguas turquesas en el caribe, la sequedad y soledad de las salitreras en el desierto de Atacama, sentarse junto

a un moai,
a una pirámide azteca o egipcia y a la esfinge y deslumbrarse de sus tamaños; estar parado en medio de la Muralla China, escuchar historias de ciudades sumergidas observando un mar rodeado de montañas, como Platón dijo respecto a La Atlántida, conocer la Antártida, vivir una tormenta de nieve en los Himalayas a cuarenta grados bajo cero, sentir el gélido viento golpearte esquiando a más de cien kilómetros por hora, ver una aurora boreal en Noruega o una polar en el

Ártico, bucear con botellas, lanzarse en paracaídas como si fueras un ave de presa...

O tal vez podría ser un famoso ladrón, aquellos que asaltan bancos y joyerías, o los que arrancan de cuajo los cajeros automáticos y huyen con cientos de millones.

No ser un simple “cogotero”, esos que aparecen por detrás de ti y te ponen una cuchilla en el cuello, en el cogote, y te quitan tus cosas...

No, nada de eso sino ser un reconocido, un verdadero ladrón; tampoco un “lanza”, escapista que roba y corre y toda la gente grita “¡agárrenlo, agárrenlo, allá va!”; no, no uno de esos ni tampoco un mechero que hurtá quesos en los supermercados o una corbata o un calzón en alguna tienda de ropa...

Él podría convertirse en un ladrón de categoría, que salga en los periódicos y en los noticiarios de la televisión y de la

radio, y dejar de ser un miserable “doméstico”, la escoria que roba pequeñeces de las casas en las cuales está: un reloj de pulsera a la pasada, un celular cargándose encima de la mesa, algunas pocas monedas o un par de billetes, una afeitadora eléctrica del papá, un cenicero...

Los domésticos no tienen el coraje para otro tipo de delitos como narcotráfico o robo a mano armada, extorsión o secuestro; ni siquiera para un robo con fuerza.

Los domésticos son la calaña más baja
del lumpen y todos y todas, lumpen o
no, les despreciamos.

¿Y ser un hombre de negocios? ¿Te tinca?

Un exitoso empresario que gane mucho dinero de manera legal y pueda comer exquisitas comidas y beber los mejores vinos, manejar lujosos autos y poseer a las mujeres más hermosas...

Pero no.

No quiso o no quiere, no supo o no sabe ni sabría cómo ser un famoso artista, un músico, un cantante o un

bailarín o un actor o un humorista, o estudiar el misterio de las estrellas o ser el microbiólogo que desentraña la secreta existencia de la vida... o el filósofo que se asoma a la realidad total, que escribe excelentes libros y desarrolla razonamientos entretenidos e irrefutables...

¿Y qué te parece el deporte?

Lograr ser parte del último partido del campeonato mundial de futbol, o jugar en la final de la Copa América o en el

torneo nacional, o por último, pelear el tercer puesto en el campeonato del barrio...

Todo empeora por el hecho de que la cultura y el arte nunca le fueron cercanos: su padre es medio analfabeto y su madre llegó hasta séptimo nomás. Su hermano fue papá muy joven, terminó el colegio y llegó al trabajo y se separó de la mamá de sus hijos al poco tiempo -pero sigue viendo a sus pequeñines y dándoles el dinero de la manutención-; su hermana quedó embarazada antes de terminar el liceo y del padre de aquella criatura, nunca se supo.

El día a día de esa familia es trabajar, cocinar, comer, cuidar al bebé y ver la televisión y revisar cada cinco segundos las notificaciones que chillan en los celus, y la salida que podría haberle otorgado a Rodrigo el hábito de la lectura o cursar una carrera universitaria, jamás existió.

Sin embargo, sería injusto echarle toda la culpa a la ignorancia de su familia: hay quienes crecieron rodeados de gente sumamente negativa. Por ejemplo, una madre alcohólica y

drogadicta, resentida, frustrada y terriblemente violenta que golpea a sus hijos y pega al marido en frente de los chicos... y así y todo, aquellos niños crecieron y lograron salir de ese ambiente pues de alguna manera sintieron interés por algo superior y siguieron esas inquietudes, tomaron un camino distinto al que les forjaba su situación y llegaron a ser personas notables y cariñosas con sus hijos e hijas y esposas o maridos. Beethoven es un ejemplo -claro que nunca tuvo

esposa ni hijos-; Bukowski es más o menos otro ejemplo.

(Sabes, muchísimas veces uno se ve inmerso en situaciones en las cuales es necesario elegir: “¿acepto la invitación a tomar unas cervezas dónde Jorge?, pero ya he pasado toda la semana bebiendo y he llegado tarde a la pega o no he ido al gimnasio ni he estudiado para la prueba... pucha, son unas cervezas nomás pero sé que el Jorge anda pagado y después va a comprar más cervezas y después ron y voy a terminar raja curao y sin ganas de levantarme mañana temprano para ir a

la universidad o al trabajo, o para entrenar mi deporte favorito".

Entonces uno la analiza y decide. Claro que la piensa y a veces la lucha es complicada, sobre todo cuando ya se cruzó la frontera del acostumbrarse a beber, a drogarse o a vegetar parado en la esquina fumándote un cigarro y comentando el partido de la liga europea, hablando huevadas y fumando cigarros con esos vecinos cesantes eternos que siempre están buscando pega pero que nunca la

encuentran, o ya te es habitual estar todo el día echado en el sillón mirando la tele y viendo quién publicó qué en las redes sociales o las respuestas y reacciones a los comentarios que hiciste, comiendo toneladas de comida chatarra y bebiendo ríos de coca cola zero aumentando de peso mientras se te tapan las arterias y te diagnostican pre-pre-pre-pre-diabetes, y ahora te farmaqueas por prescripción médica o por las tuyas comprando remedios en la feria...

Asimismo, también es terriblemente difícil sacudirse esa tristeza tan grande que te aqueja, quizá una derrota en algún proyecto amoroso o de cualquier otra índole, dejar a un lado la autolástima y decir:

**¡YA ESTOY HARTO DE TANTA
MIERDA! ¡YA ESTÁ BUENO DE
LLORAR!**

¡Sécate las lágrimas, levántate de la cama y date una tremenda ducha!
¡Vamos, tienes que seguir adelante!

Claro, decirlo es refácil.

Pero si lo pensamos bien, todas esas vivencias, desagradables o no, son vivencias y lo mejor es vivirlas, no disfrutarlas necesariamente, o quizá sí, disfrutarlas en el sentido de que al ser vividas, esas vivencias te hacen sentir que estás vivo,

¡QUE ESTÁS VIVO, HERMANO!

Pero en verdad, a pesar de que estos pensamientos no son más que un burdo consuelo, a veces sirven, ¡y sirven muchísimo!

El punto es que aquellas atroces situaciones pueden mantenerse o modificarse según deseemos: ¿sigo lamentándome por los errores que cometí con la chica o chico que me dejó, reprochándome lo que no hice o hice a medias, y arrepentido de lo que hice mal?

Ya he pasado un mes, tres meses, un año en la misma, ¿y qué obtuve? ¿Sólo llanto y angustia e insomnio, y una tos que no me deja dormir a causa de los millones de cigarros que me amanecí fumando y llorando mientras me martirizaba? ¿Eso nada más?

(¡Ya, sí, eso nada más obtuve! ¡Y qué más querí que haga! ¡DÉJAME EN PAZ!)

— ¡Espera! Todo este tiempo, todas las lágrimas y todos estos lamentos y cigarros y esta maldita tos, ¿te sirvieron de algo, a fin de cuentas?

— ¡Claro que me sirvieron, me desahogué!

— Ya, perfecto, te desahogaste. Y ahora, ¿te sientes mejor?

— No, en verdad no... Me siento igual que al principio, aún tengo pena y mi corazón sufre y mi mente sólo me grita lo idiota que fui...

— ¿Y te quieres seguir desahogando día tras día y noche tras noche?

— ¡No, obvio que no! ¡YA, PARA!
¡¡DÉJAME SOLA, POR LA
RECHUCHA!!

Entonces, ¿en qué quedamos? ¿Me levanto de la cama o sigo tirada?

Al final, si ya me siento incómoda y me desagrada la situación, algo haré para dejar de beber o al menos no tomar tanto, para cuidar mi trabajo o encontrarme uno, no faltar más a la universidad, debo fumar menos, tengo que adelgazar, necesito descubrir algo

que me sirva en la vida y que me motive y enfocarme en ello, hacer más ejercicio, hablar mejor, aprender inglés...

Pero debes estar súper claro que los resultados no se verán al otro día, ni al siguiente, ni al posterior, no, para nada: debes ser constante y no dejar de pensar en la situación a la cual deseas llegar; incluso, tienes que hablar como si ya estuvieses ahí, y hacer que todo apunte a lograr lo que te propusiste.

Mira a los árboles, ¿has visto alguna vez el proceso de su crecimiento? Jamás reparaste en ello pero él arbolito creció y se agrandó y una tarde, la gigantesca sombra de lo que ayer fue tan sólo una ramita te cobijó mientras comías tu comidita o leías tu librito, fumabas tu cigarrito o escribías tu poemita, tomando tu juguito de frutitas o tus cervecitas.

Has de enfocarte y muy, muy pronto, te verás cruzando la meta o ya del otro lado, y la calificación que necesitas o el

viaje que tanto anhelas, o la chica que te prendó el corazón, una o todas esas cosas, llegarán a ti (y si no llegan, bueno... quizá eso igual esté bien).

Y una mañana cualquiera notarás que ese lindo vestido ya no te aprieta, o que los músculos de tus pectorales y espalda y brazos se han desarrollado inmensamente, que ya no toses tanto y no necesitas fumarte la cajetilla entera y que la tipa que te dejó, poco a poco, se interesa nuevamente en ti y si nunca más respondió a tus llamadas ni quiso

verte, te darás cuenta de que ya no imaginas encontrártela por la calle...

No.

Ya no ocuparas energía en aquello sino que tu atención se enfocará absolutamente en PERDONARTE y así sanar tu preciosa Alma, o en fortalecerla si ya las dolorosas heridas se han cerrado.

Trabaja sin descanso para alcanzar tu objetivo.

¡El futuro ES ESTE MOMENTO!

El tiempo es veloz, y lo que hagas ahora lo disfrutarás en el ahora que está una semana o un año o un minuto en el mañana.

Apunta allí y no olvides gozar también del día a día, pues no conoces el instante en el cual la muerte tomará tu mano.

En algún momento Rodrigo debió escoger entre seguir endureciéndose o dejar de hacerlo, eligió mal y ahora está donde está y la culpa no la tiene la pobla en donde creció (yo también crecí allí, a una cuadra de su casa, y me drogué y emborraché con él pero ahora lees esta novela) ni tampoco tuvo la culpa la ignorancia de su familia: ha sido su propia falta de voluntad, claridad y curiosidad la que cavó la tumba para una existencia distinta a la que tiene, y a la cual la pasta base, con cada pipazo, entierra un milímetro más.

Sin embargo, la vida da infinitas vueltas, y quizá la providencia del destino le tenga deparado un mañana increíblemente mejor...

Pero el futuro es ahora y todo depende de ti. Jamás lo olvides.)

— ¿Qué onda Rodi -así le llamaban ahora-, en qué andai? -le digo sonriendo al responder su desganado saludo, cuando me lo encuentré sentado en este único banco de la plaza que aún no han quemado-.

— Nada poh... aquí, pasando el rato... -me responde-.

— ¿Tomémonos una cervecita? -le pregunto-.

— ¡Ah, ya poh! -me dice-.

Le mostré la botella vacía, se levantó arrojando la humeante colilla y caminamos a la botillería. Compramos la cerveza, volvimos a la plaza y acabamos ese litro que luego se convirtió en dos y después en seis.

Medio borracho ya, metí la mano a mi bolsillo y saqué un billete de cinco lukas. Me puse de pie para ir nuevamente a la boti pero me volví a sentar pues recordé que yo tenía el dinero, y como el tipo hace rato que era

un nadie, yo podía darle órdenes y mandarlo a comprar:

“¡Y tráeme unos cigarros también!”

Yo era el jefe y mientras me quedara plata, Rodrigo estaría bajo mi voluntad: “sácate la ropa y baila, y te regalo cinco monos”. De seguro lo haría. Hasta por uno.

Si los mandas a comprar, estos drogos siempre intentarán recortarse algunos pesos, traer algo más barato o

quedarse con todo o parte del vuelto, dependiendo del nivel de lucidez en el cual uno esté al pasarles la plata.

Y él suponía que si yo lo estaba mandando a comprar cervezas, más tarde le diría también que fuese a comprar unos monillos.

El Rodi pensaba eso a causa de las noches en las cuales me lo topé borracho, yo estando ebrio, muy ebrio, y al verlo (yo no tenía planeado drogarme), digo solamente **con verlo** me daban ganas de pegarme los pipazos. Entonces le pasaba dinero y le ordenaba ir a comprar cervezas y monos y cigarros, y bebíamos cervezas o vino y fumábamos pasta base y yo siempre me tomaba casi todo el copete porque cuando este wn se endurecía, prefería mantener “la volá” de la pasta y no “paquiarla” con el copete.

Yo siempre prefería *chupar*.

Y si no eran aquellas situaciones y habíamos estado tomando durante mucho rato pero no me habían dado ganas de fumar pasturris, el wn empezaba a tirar indirectas: “falta su marcianito... el otro día compré unos monos donde la Teresa y salieron terrible grandes, ¡eran los medios gorilas, hermano! La tía me dio dos monitos en luka y media...”, me decía anhelante.

Si esto no da resultado y él ya está borracho por la falta de pasta -acuérdate que la pasta es como la coca, pero más intensa y más efímera (y más barata)-, este tipo dirá que me empeña el celular o que yo le preste unos billetes e intentará que acepte su carnet de identidad como seguro de que tendrá mi dinero de vuelta.

Yo le diré que no y él se desesperará y hablará cada vez más y más del préstamo y del empeño insistiendo cada treinta segundos en que

le pase plata, llevando todos los temas de conversación hacia la pasturri.

Mira, me acordé de algo para que veas
cómo es el angustiado éste:
un primero de enero, casi una hora
después del amanecer, me lo encontré
en esta misma plaza en la que estamos
cerveciando ahora.

Con tres tipos más, él bebía unas
botellas de vino. Todos estaban muy
borrachos. Yo andaba con un amigo,
Matías se llama, nos vieron y el Rodi no
llamó y nos acercamos al grupo. Nos
dimos el abrazo de año nuevo y nos

ofrecieron unos tragos, los que por supuesto aceptamos.

Hablamos de nuestras juergas del año que había recién acabado, de lo bien que lo habíamos pasado, del copete que tomamos y de las chicas que amamos y nos amaron y de las que amamos y nos engañaron, un sorbo de vino tras otro, una botella y luego la siguiente.

No recuerdo bien cuánto rato después empezó el show de don ex-Manteca, molestando y ofreciéndonos insistenteamente a mí y a Matías empeñarnos su puto teléfono.

El angurriento del Rodi insistía y nosotros conversábamos y reíamos y bebíamos y no lo tomábamos en cuenta, y bebíamos y conversábamos y él insistía una y otra y otra vez. Fumábamos cigarros y seguía molestando, “si no me quieren empeñar

el teléfono entonces préstenme plata, les dejo mi carnet como prenda”, decía.

Después apareció alguien con una botella de ron y mientras Rodrigo más tomaba más molesto se volvía y era por momentos suplicante y hablaba con voz tráposa, “ya poh, Chain, por favor, empéñamelo, es mi teléfono, seguro te pago, créeme por favor”; y a ratos era enérgico, “¡PRÉSTAME DIEZ MIL PESOS, MATÍAS! ¡TE LOS VOY A DEVOLVER! ¡TE DEJO MI CARNET Y MI TELÉFONO COMO PRENDA!”.

También se enojaba y cobraba sentimientos: “¡chiquillos, yo los conozco de siempre! ¿Y ahora me hacen esta desconocida?” nos decía pero nosotros no lo pescábamos y bebíamos y conversábamos y reíamos y luego Rodrigo volvía al tono mendicante... me parece que abrimos otra botella de ron y una de bebida, y se me apagó la tele.

Una terrible sed me despertó pasadas las cuatro de la tarde. Sentía la boca y la garganta más secas que escupo de camello.

Al ir a comprar un agua mineral heladita, supe que el Rodi andaba todo borracho buscando su teléfono. Me topé con Matías en un almacén y me contó que el tipo había ido a su casa cerca del mediodía, raja curao:

— ¡Oye Matías! ¡Pásame el teléfono!
¡Tú te lo quedaste en la mañana!

— ¡De qué ‘tay hablando! ¡Tú lo andabai ofreciendo a todos! Yo ni tomé tu celular...

— ¡Mentira! El Chain me dijo que tú lo teniai ¡Pásamelo!

— ¡Estás loco! Yo tengo un teléfono mejor, ¿para qué voy a querer el tuyo? Se te perdió ¡Estabai muy borracho!

— ¡No se me perdió! ¡Tú lo tení! ¡El Chain me dijo!

— ¡Estái alucinando! ¡Yo no lo tengo! Se lo pasaste... se lo pasaste a uno de los que andaban contigo...

- ¡Mentira!... ¡A ver, según tú, a quién se lo pasé! ¡Dime!
- Al, al flaco ése, ese que tenía la chaqueta negra...
- ¿Se lo pasé al Bairon?
- ¡Sí, hermano! ¡Al Bairon! ¡Se lo pasaste al Bairon!
- ¿Estás seguro?
- Totalmente.
- Ya, voy a ir donde el Bairon y le voy a decir que me pase el teléfono... le voy a decir al Bairon que tú me dijiste que él lo tenía.

“¡Decía que lo tenía yo y era una cagá de teléfono! ¡Ja ja ja ja! Para que se fuera, se me ocurrió decirle que un amigo suyo se lo había robado. Yo ni sé qué pasó con su mierda de celular”, me dijo Matías mientras bebíamos el agua mineral afuera del almacén.

Al día siguiente supe que el Rodi también había ido a mi casa, raja curao. En aquel momento mi vecina regaba su jardín y me dejó dicho con ella que el Matías le había dicho que yo tenía su teléfono, y que se lo fuera a dejar de

inmediato. El wn me anduvo buscando toda la semana, pero no me encontró, y cuando me iba a buscar y yo estaba en mi casa, yo no salía a atenderlo.

Siguió yendo a molestar a la casa de mi amigo Matías de día, de noche o de madrugada pero cuando Matías estaba tampoco salía y cuando no salía o no estaba y era su mamá quien atendía al Rodi, este wn raja curao le dejaba dicho a la mamá que le dijera al Matías que yo le había dicho a él que el Matías

tenía su teléfono, y que el Matías se lo fuera a dejar de inmediato.

Hasta febrero, cuando me lo topaba por ahí, seguía weando con el celu: que no le importaba el teléfono sino las fotos del cumpleaños de su hija y bla bla bla.

Yo le decía lo mismo que le había dicho Matías, que se lo habían robado los tipos con los que andaba.

— ¿Para qué te juntai con ellos, compadre? -le aconsejaba al Rodi-, esos puro que fuman pasta y tú no

eres así, hermano. Andan contigo solamente cuando te ven con plata...

— Tení razón, Chain, yo no soy así. Me tomo mi vino y a veces me fumo mis monos, pero yo no soy drogadicto...

“Oye, Rodi, y al final, esa vez del año nuevo, ¿recuperaste tu teléfono?”, le pregunto mientras estamos regresando de la botillería, para seguir tomando en el único asiento de esta plaza que los flaites no han quemado.

— No, hermano... Me cagó el Bairon, yo lo vi. Después de que el Matías me dijo que el Bairon me había robado el teléfono, ahí me acordé...

— Mala volá el loquito... -le dije-.

— Sí, hermano, mala volá... -me respondió-.

Aquel lejano primer día del año, después de conversar con Matías en el almacén mientras tomábamos el agua mineral, llegué a mi casa y me tendí en la cama y dormí como tres horas. Salí a la calle y al rato de caminar, paré a dos tipos muy borrachos, hablé con ellos y me dieron cuarenta lukas por el teléfono del angustiao Rodi ¡Ja ja ja!

¡Ah, ya! Volviendo a la novela... bueno, tú sabes que existen situaciones que por más reales que hayan sido siempre parecerán inverosímiles al contarlas, y de cualquier manera que lo hagas, nunca dejarán de sonar increíbles.

Esa vez en la plaza cuando me topé al Rodi y lo invité a unas cervezas, yo me prendí y me dieron ganas de un vino tinto así que le dije al Rodi cuando se acabaron las cervezas “se acabó la chela, vamos por un tintito ahora”.

Fuimos a la botillería y regresamos y mientras le dábamos el bajo al tintolio, recordé cuando un martes por lo tarde, a eso de las cinco, yo leía tranquilamente por segunda vez Colmillo Blanco, metido hasta las narices en el salvaje cubil de la Loba de Jack London.

Inauguraba así la lectura en mi cama nueva: mi camita de dos plazas recientemente comprada a un vecino que trabaja en una gran tienda y

a quien le obsequian algunos muebles, y según lo que uno le pida, a la semana siguiente te avisa que le han regalado justito lo mismo que le habías encargado. Me la vendió en la mitad del precio que figuraba en la etiqueta de la cama, colchón incluido.

“Durante dos días la loba y el Tuerto se mantuvieron en las cercanías del campamento. El lobo estaba preocupado y no perdía sus apren

— ¡CHAAAIIIIINNN!

— ¡Puta la weá, es el Rodi! -me dije al reconocer su voz-.

Esperé unos segundos, decidí ignorarlo y continué leyendo:

“El lobo estaba preocupado y no perdía sus aprensiones, aunque el campamento atraía a su compañera, que se resistía a alejarse. Pero ya no dudaron más cuando una mañana se llenó el aire del estampido de un disparo de rifle, cuya bala fue a incrus

- ¡¡¡CHAAAAAAIIIIIIINNINNNNN!!!
- ¡Qué mierda! ¡Que no pueda uno leer tranquilo! —grité exasperado, cerrando el libro-.

“¿Qué quiere este culiao ahora? Capaz que venga a decirme si le quiero comprar un viejo pantalón, unos lentes que no me gustan, un celular que no necesito o unas zapatillas que me quedarán chicas”, pensé enojado.

No era la primera vez que venía a la casa a molestar ofreciéndome cosas.

Ya lo había hecho un domingo, un viernes o un lunes a las diez de la mañana, a las cinco de la tarde, a las doce de la noche o a las tres de la madrugada. Sabía que incomodaba mas no le importaba total, mientras consiguiera la plata pa' sus pipazos, todo le daba lo mismo.

Guardé silencio esperanzado en que se aburriera y se fuera y así poder leer tranquilo tendido en mi camita nueva pero siguió llamando y llamando

¡¡¡¡¡CHAAAAAAIIIIINNINNN!!!

¡¡¡¡¡CHAAAAAAIIIIINNINNNNN!!!!

y a cada llamado, con cada vez que yo escuchaba su horrenda voz mi intranquilidad aumentaba y se hacía insopportable mi incomodidad; después de siete “¡CHAAAIINNN!” me di cuenta que el bastardo no me dejaría leer tranquilo si no salía a atenderlo.

Me levanté de la cama dejando a la Loba y al Tuerto sobre ella, me acerqué a la ventana, corrí un poquito la cortina y lo vi mirando angustiado de un lado al

otro. Llamaron mi atención unos libros que tenía en las manos y otros afirmados bajo el brazo izquierdo, ya que alguien como él, cargando textos, era realmente una novedad. “¿Qué anda trayendo este drogo ahora?”, me dije sonriendo. Saqué unos billetes del cajón de mi velador y me los puse en el bolsillo, bajé la escalera, abrí la puerta de la casa y luego la de la reja y salí a perder el tiempo:

— ¿Cómo va, comadre? -lo saludé amistosamente-.

— Nada poh, Chain. Pasaba a conversar contigo un rato... -dijo respondiendo mi saludo-.

— Ahhh... ¿Y esos libros? -inquirí con falso desinterés-.

— A ti te gusta leer, siempre te veo leyendo en la plaza... me faltan unos pesos, tú sabí poh... -me dijo en tono suplicante y con cara de angustia-.

— “A ‘er, deja cashar...” -le dije sonriendo mientras recibía los libros desde sus tiritonas y sucias manos-.

Mi asombro fue mayúsculo cuando vi que andaba trayendo “Las Aventuras del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha”, original y con el volumen uno y dos en el mismo texto, de la colección “Inmortales”, de una editorial llamada “Excélsior”, ¡Y DEL AÑO 1903!

Lo tomé mostrando mi máxima indiferencia, y lo vi en mis manos, completito, ¡y ahora comencé a tiritar yo, hermano! ¡Era una puta primera edición!

Intenté disimular mi rostro compungido de angustia igual que la cara de este weón cuando compra pasta... apenas con un hilo de voz, le dije con voz temblorosa y entrecortada:

— Dé, déjame ver... deja ver ese otro... hermano, porfa...

¡Estuve a punto de llorar!

Además del Caballero de los Leones, me venía a ofrecer un libro con tapas de cartón forrado rojo y hojas muy delgadas y elegantes, con una seda color morada como marcador de página: “Así habló Zaratustra”, editado por Six-Barral y de una colección llamada “Clásicos” que en mi lectora vida jamás había visto ¡Y del año 1912!

Sus olorosas y amarillas páginas... y en perfecto estado de conservación... la weá loca... pero aún faltaba más:

¡Casi doy un grito!: “Ciudadela”, de Saint-Exupéry, primera edición y en francés, y también en perfecto estado de conservación Y AUTOGRIFIADO...

**¡AUTOGRIFIADO POR EL AUTOR
DEL PRINCIPIITO, HERMANA!**

Aquello era totalmente absurdo.

Con un libro en mi mano izquierda y dos en la derecha, miraba ahora éste y ahora el otro y después nuevamente el

primero ojeándolos todo el rato despectivamente.

“Son buenos estos libros, yo los leí y son buenos”, me dijo. “Sí, claro weón, demás que los leíste”, pensé, y ese pensamiento me dio risa.

— ¡Ja ja ja! La weá... Ja ja ja...

— ¿Y de qué te reís? ¡Si yo los leí!

Me puse los textos bajo el brazo derecho y metí mi mano izquierda en el bolsillo de mi pantalón.

— Yo los leí... en serio... -me dijo como con cara de pena, casi suplicante-.

— Ja ja ja ¿Y quién te dice lo contrario? Me río de un chiste que me acordé... Ja ja ja, la weá... ya, ya, ¿y cuánto querí por estas cagás?

—¿Cómo que “cagás”, Chain? Son libros, yo los leí y son buenos... -me dijo casi llorando-.

— Ya ya, dime cuánto.

— Dame, dame cinco mil por cada uno, están buenos los libros...

— ¡Saaale! ¡Ni cagando! Por ayudarte te doy siete lukas por las tres weás, toma.

— Pero...

— Ya, ya, toma -dije mientras ponía los billetes en el bolsillo de su pantalón-.

— ¡Shaaaa! ¡Pero si son buenos estos libros, yo los leí y son buenos! -intentó reclamar-.

— ¡Si te salen más, tráemelos y te los compro! -le dije mientras cerraba la puerta de la reja en su cara de pasturri, subiendo inmediatamente de a tres peldaños la escalera hasta mi

habitación, con tremendas joyitas bajo el brazo directo a mi camita nueva: Jack, te llegó compañía-.

(En verdad, después de cerrarle la puerta en la cara al Rodi yo no subí directo a mi pieza: primero fui al baño y desinfecté con alcohol en spray los libros y me lavé bien las manos, y recién ahí me fui a seguir leyendo en mi pieza. Te lo digo ahora porque si hubiese escrito esto en el párrafo anterior, habrías pensado “¡uyyyy la weá neurótica!”)

Desde aquella tarde, el Rodi vino todas las semanas a venderme libros, tres o siete por vez y yo siempre le pagaba muchísimo menos de lo que él me pedía. Llegaba con libros de filosofía, de historia, de sicología, textos de Nietzsche en alemán y autografiados (copias del autógrafo original), con la compilación de los relatos que la esposa de Hemingway perdió en aquella estación de trenes, con textos de Dostoievski con notas de su puño y letra (notas que también eran copias de las originales)...

¡Sé que no me creerás, pero todo es cierto!

Siempre me traía ediciones de calidad en las traducciones y en las encuadernaciones y en perfecto estado de conservación, y como yo sabía lo que me estaba ofreciendo, le compraba todos los libros.

Esto duró cerca de dos meses.

Después el tipo se hizo humo y como me había devorado hace rato los libros que me había vendido, lo comencé a extrañar: “ha de estar en la cárcel, en el hospital o en el cementerio, en alguna fosa común”, yo pensaba.

Pero luego reapareció y volvió a traerme textos, aunque ya no venía tan seguido. En total, debo haberle comprado cerca de cincuenta libros.

Donde lo veía siempre le decía “¡Ya poh, Rodi! ¡Cuando te salgan más anda pa’ la casa!”

— Ya, hermano -me respondía-.

No tengo la más puta idea desde dónde sacaba los libros. De seguro se los *choriaba* pero uno no va por la vida preguntando dónde se roban los artículos que los delincuentes te van a vender, eso no se pregunta, y no se dice “róbate más y me los vendes”, sino que tienes que decir “si te salen más -

más de las cosas que uno desea, celulares, zapatillas, notebooks, mochilas, cámaras fotográficas y gopros, televisores, refrigeradores y cadenas o anillos de oro- me las traes”, así se dice.

Fíjate de lo siguiente: a pesar que Chile tiene el impuesto MÁS ALTO DEL MUNDO para los libros, la ignorancia idiosincrática de este país aleja muchísimo la posibilidad de ir a prisión por comprar libros robados.

De hecho, de todos los ladrones y narcos y estafadores y gente del hampa o relacionados con ellos con los cuales he tenido contacto, JAMÁS he conocido a nadie que haya estado preso en Chile por comprar o robar o falsificar libros, ni tampoco he sabido por boca de ellos que alguien hubiese sido condenado por algo que tuviera que ver con el comercio de literatura. En todo caso, a Alejandra Matus le censuraron “El Libro Negro de la Justicia Chilena” y la iban a encanar y se tuvo que arrancar de

Chile.... y esto sucedió en 1999... casi en el siglo veintiuno.

Como te dije, nunca supe de dónde obtenía semejante mercancía.

Obviamente que el Rodrigo no compraba los libros, y además nadie le regalaría títulos de esa categoría y él tampoco los sacaba de su casa pues allí puro que ven tele y andan pendientes de las fotos e historias y memes en el celu.

Tampoco me hace sentido que alguien que leyera ese tipo de libros le tuviera la confianza necesaria como para hacerlo pasar a su casa y, dejándolo solo unos momentos, darle la oportunidad de domestiqueárselos.

Por otra parte, este pastero jamás se interesaría en pertenecer a una biblioteca, y si alguna vez fue socio y gracias a su membresía adquiría los libros, los textos no tenían ningún tipo de tarjeta o número de clasificación ni identificación.

Si los hubiese robado de alguna librería -y te aseguro que no era el caso pues este angurri no tenía el coraje de robar en comercios y mucho menos hurtaría libros de las tiendas-, los artículos de la librería deberían tener alguna alarma o un código de barra o se notaría que lo tenían y se lo sacaron, y sería un sinsentido que después de robados el tipo les quitara dichos códigos o alarmas o borrara las huellas de que el libro había tenido alguna protección; no, todo lo contrario, se los dejaría para

que pudieran aumentar el valor de la mercancía ya que en el bajo mundo, valen más los artículos que tengan alguna prueba de que se arriesgó la libertad o la vida en adquirirlos.

Con el Rodi nos habíamos acabado un tinto y ya íbamos en la mitad del segundo, y ahí sentados yo pensaba a ratos en eso de los libros que este weón me vendía, de dónde podía sacarlos o a quién cagaba o de dónde los robaba, y ya totalmente borracho le grité de pronto: “¡Nooo mmmme haaaas traíddo libros!... ¡¿Cuándo te ¡hik! cuándo te van a saliiiir más?!”

— De repente... de repente me salen - dijo mirando a la distancia-.

— ¡¿De dónde los ¡hik! los sacas?! -dijo alzando nuevamente la voz-.

— ...

— Dime, poh... comp¡Hik!, compadre... -le rogué amistosamente y con voz traposa- yo no le cuento a nadie y tú sabí que ¡Hik! tú sabbbí que siempre tre, te los compro... dime ¡hik!, dime de dónde los sacai poh, los libros...

— De por ahí no más, de repente me salen -dijo estirando su mano pidiéndome un cigarro. Le pasé uno y le alargué el encendedor con la

esperanza de que me contara la verdad de los libros, pero el culiao se quedaba piola y no me decía nada-.

Dando un sorbo a la botella de vino y prendiendo también un cigarro para mí, continué agresivo:

— ¡Naddie te va a commprar los ¡hik! los libros que me traís! ¡Tráeme más libros! ¡Nadie ¡hik! nadie te tom, te toma en serio cuando se los hai ofrecido!

El Rodi sólo fumaba en silencio.

Di una profunda calada a mi cigarro y le seguí insistiendo, pero más calmado ahora:

— La sabiduría... hermano, es ¡hik! es una tremenda sabiduría leer, es lo mejor que existe en la vida... con las minitas... leer, a mí mre, me, me gussssta leer, leeeeer y viajaar, y ¡hik! también follar, ¡opbvio! ¡Viajar y leeeeer, leer mientras se viaja ¡Ja ja ja! Mientras te, te la follas o la chica te come ¡hik! te

come a su gusto y después ni se acuerda de ti... ¡Ja Ja Ja! Aunque igual es entretenido mirar el paisaje en la micro -doy otra larga fumada-... pero ¡hik! pero en la micro a la universidad o a la casa me voy leyennndo porque ¡hik! el, el paisaje ya lo conozco... es lo mejor leer, leer, hermmmanito... tú, tu deberiai leer... ¡Tráeme más libros, yo te los compro y te pago bien! -le dije todo curao y amistoso y lo abracé hipócritamente-.

Saqué de mi bolsillo un billete de \$20 mil, se lo mostré y le dije “ya poh, Rodríg¡Hik! Rodi... mira, Rodi, yo aqqquí tenggo plat, plata...”.

El Rodi no me escuchó o se hizo el que no me escuchaba, y entonces lo miré fijamente con mi cara de malo y marcando cada sílaba lo fui golpeando en el pecho con el dedo índice de mi mano izquierda, a medida que le decía:

“TRÁ-E-ME MÁS LI-BROS A-HO-RA”

Yo golpeaba su pecho y el Rodi me observaba impotente mientras echaba para atrás su torso con cada golpe que le daba en cada sílaba, y como él no se defendió ni alegó por los golpes a mí me gustó sentirme poderoso y me dieron ganas de agarrarlo del pelo, tirarlo al suelo y patearlo...

Alargo mi mano hacia el Rodi y le paso el billete de veinte mil pesos, mandándolo a traerme más libros y que aproveche de traer otro vino. El Rodi

me recibe el billete y se pone de pie, y comienza a caminar cabizbajo a la botillería.

—¡Trá ¡hik! tráeme esos libros que siemp ¡Hik! que siempre me vendes... y un vinito tinto! ¡Un Cabernet, cualquier marca! -le grito-.

Le veo alejarse y me echo para atrás en la banca, doy una profunda fumada y cerrando mis ojos, pienso en los textos que me traerá esta vez.

“Unos de Alberto Morjhik! Moravia, est, estarían bien...”, me digo.

Boto el humo del cigarro lentamente, abro mis ojos y al enderezarme en la banca veo que todo da vueltas, las calles y los vehículos y los árboles y el cielo y los postes de luz y entre los espirales del alcohol que giran y giran, veo al Rodi torcer el rumbo hacia la calle del Tío.

Durante unos instantes no aparece nada en mi mente, nada excepto el

pastabasero éste dirigiéndose a la casa del traficante... “¡Feo culiao!”, me digo sobresaltado. Me pongo de pie y lo sigo tambaleante.

—¡OYE, CONCHETUMADRE! -le grito-.

Apuro el paso, el tipo me mira como de reojo y camina más rápido.

Comienzo a trotar torpemente y él volteá la cabeza y me mira un poco y empieza a huir y yo lo persigo tambaleante y grito llamándolo:

“¡OYE CULIAO! ¡TERMINA EL SHOW, POH! ¡VEN!” le grito con lengua traposa y continúo corriendo cada vez más aprisa, chocando contra las rejas de las casas y los árboles y los postes.

— ¡RODI! ¡OYEE CONCHETUMADRE, DETENTE!

El tipo corre hacia el Tío y se volteá y me mira y sigue corriendo y corriendo y no se detiene.

— ¡¡¡RODRIGO!!! ¡¡¡RODRIGO!!!
¡¡¡BASTARDO RECULIAOO!!! -le grito
corriendo-

Once y media de la noche de un frío domingo de principios de junio.

Anoche llovió.

Mis gritos resuenan en las dormidas casas de la pobla.

— ¡¡RODRIGO!! ¡¡DEVUÉLVETE,
CONCHETUMAADDREEEEE!!!

Tremendo espectáculo por las calles vacías y mojadas que reflejan las amarillas luces del alumbrado público.

— ¡¡ROOODRIGO!! ¡¡OYE, WEEEÓN!!

El drogo sigue corriendo.

—¡¡¡HIJO DE LA GRAN REPUTA!!!
¡¡¡TE VOY A MATAR, MALDITO
CONCHETUMADRE!!! -grito mientras
corro chocando de lado contra un árbol,
tropiezo y resbaló y caigo sobre una
poza de agua, me pongo de pie y
continúo borracho y mojado y
embarrado corriendo tras el pastero-.

El drogo huye enajenado pero yo le acorto distancia y él corre y yo corro y él volteá y me mira y continúa su desesperada carrera hacia la casa del Tío...

— ¡¡¡PARATE AHÍ, BAAAASTARDO RECULIAOOOO!!! ¡¡¡PAAAASTERO Y LA MAAAALDITA QUE TE CAGÓ!!!!

Corre y yo corro y gira su cabeza y me mira

— ¡VUELVE CONCHETUMADRE!

Corre y corro y estoy a diez metros de alcanzarlo y el Rodi corre y yo corro a cinco metros de él ¡¡¡PÁRATEEEE AHÍ BASURAAAAA DE MIEERDDAA!!!! El Rodi corre y yo corro y lo estoy alcanzando estoy a cuatro metros del culiao y a tres y a dos y el Rodi corre y dobla en una esquina

iiiÑIIIÑ!!! iiiCRAASHH!!!

El Rodi vuela... vuela y cae, ¡PUM!
¡PLAF!

Su cuerpo se estrella en el suelo como un saco de papas y la camioneta se detiene bruscamente. Rodrigo se retuerce al medio de la calle convulsionando y vomitando sangre y el conductor de la camioneta me mira con la boca abierta y entre el vaho de mi respiración agitada saliendo por mi boca y mi nariz yo miro al chofer y el chofer me mira con infinita cara de espanto... quemando llantas la

camioneta retrocede y huye a la velocidad de la luz.

La policía llega.

En el estado en el que me encuentro, aseguran que yo lo empujé.

Radioatrullas, comisarías, calabozos, delincuentes, tribunales, fiscales, abogados, jueces... noches y noches en cana.

Mi borrachera se extingue en el preciso instante en el cual veo el cuerpo del Rodi convulsionando en la calle, mientras la camioneta se aleja quemando llantas.

Voy a buscar rápidamente mi billete que quedó tirado en la calle, corro hacia él y ni siquiera miro al angustiado pero de reojo veo que ahora yace completamente inmóvil tendido de espaldas, con una pierna hecha trizas y el fémur de la otra pierna saliendo desde su muslo izquierdo por

entremedio del pantalón rajado... su cráneo borbotea una increíble cantidad de sangre formando una poza que crece silenciosa y velozmente.

Me agacho, tomo mi billete y me alejo caminando muy rápido, volteando a ratos para ver si alguien se asoma a la reja o sale de su casa y se acerca para auxiliar al Rodi.

Nadie lo hace.

Comienzo a trotar y no dejo de sentir rabia con el Rodi porque el wn ya no me traerá más libros. Llego a mi casa y entro sin encender las luces, subo la escalera y me encierro en mi habitación.